

¿Es el evangelio contemporáneo otro evangelio?

Michael J. Penfold

Central para todo genuino avivamiento espiritual ha sido siempre la predicación pública del evangelio. Directamente a través de este medio particular el Espíritu Santo le ha placido despertar multitudes al sentido propio de lo terrible de sus pecados en contra del cielo. Ellos han sido despojados de toda justicia propia, se han arrepentido y han creído en el Señor Jesucristo, quien satisfizo las demandas de Dios en contra suyas en la cruz del Calvario. Penosamente, en el escenario evangélico de hoy, tales manifestaciones verdaderas y duraderas del poder de convicción y conversión del Espíritu Santo raramente se ven. Entonces, ¿dónde comenzó todo a marchar mal?

Durante el siglo XX, hubo dos acontecimientos retrógrados importantes en relación a la predicación del evangelio. Hasta la Segunda Guerra Mundial todas las iglesias evangélicas llevaban a cabo dos servicios de predicación cada domingo. Uno iba dirigido a edificar a la iglesia, y otro a la conversión de los pecadores. El primer paso fue echar por la borda el servicio evangelístico (con su acompañante reunión de oración), a favor de otra sesión de enseñanza para cristianos. El servicio evangelístico dentro de la capilla no fue reemplazado con una “reunión en la calle”. Éste simplemente se eliminó. En 1999, aun eventos tales como las cruzadas de masas habían muerto en gran medida, con el mundialmente famoso evangelista argentino Luis Palau, las cruzadas fueron cambiadas por los festivales de “pop cristiano”, rock y rap combinados con fiestas en las playas, demostración de *skateboard* profesional y otras variedades de actividades de atracción para las multitudes.

Acompañando todo esto hubo un cambio fundamental en el contenido (no sólo en el estilo) del mensaje del evangelio en sí. Varias características importantes del sermón evangelístico históricamente probadas fueron abandonadas. Así, si comparamos el mensaje contemporáneo con los sermones predicados por los apóstoles u hombres como Jonathan Edwards, Juan Wesley, George Whitefield, Robert Murray McCheyne, C. H. Spurgeon y Moody (durante los avivamientos genuinos que han ocurridos en la historia de la iglesia) hallaremos un mundo de diferencia.

Todo esto ha tenido serias consecuencias debido a que el evangelio contemporáneo produce en conjunto resultados diferentes a los del evangelio bíblico histórico. Por ejemplo, en 1991, una gran denominación “evangélica” en los Estados Unidos –constituida por 11,000 iglesias- puso en marcha un enorme programa de evangelización. Después de asegurar 294,000 “decisiones por Cristo” en 12 meses (26.73 por iglesias) sólo 14,000 nuevos miembros vinieron “a la comunión” (1.27 por iglesias). ¿Son realmente para creer que dentro que luego de 12 meses de haber sido salvados bajo la predicación sana con el Espíritu Santo empoderando el evangelio bíblico, 95.2% de los “convertidos” (más de ¼ de millón de personas) habían llegado a ser apóstatas? ¿Y qué de la membrecía general de las iglesias “evangélicas” contemporáneas? ¿Dónde está la línea clara de demarcación entre los cristianos de hoy y el mundo secular, en lenguaje, entretenimientos, música, vestidos, asociaciones, ambiciones, intereses y puntos de vista? ¿Por qué más del 80% de aquellos que hicieron una oración para salvación cuando eran niños pequeños “dejaron la iglesia” tan pronto alcanzaron su adolescencia? Todos estos son síntomas de un problema de raíz, esto es el abandono de la

predicación pública del evangelio y la alteración del contenido del mensaje del evangelio bíblico.

Pero, ¿cuál es el verdadero evangelio? Vamos a examinar los cuatro elementos esenciales que faltan en la mayoría de los sermones evangelísticos de hoy, así como en los tratados y en los cursos de “introducción al cristianismo”.

Primeramente, el evangelio bíblico comienza y termina con Dios. Sin embargo, el evangelio contemporáneo comienza y termina con el hombre. Aquí, de forma abreviada, es la forma en que se ejecuta: “las personas hoy están sufriendo de sentimientos de vacío, soledad y baja autoestima. Sin embargo, el vacío “creado por Dios” en forma de dolores en tu interior se puede llenar, cuando digas lo lamento por mis pecados y dedico mi vida a Jesús. Dios tiene un plan maravilloso para tu vida y quiere que seas colmado y te sientas satisfecho personalmente. Le importas a Dios, esa es la razón por la cual pagó por tus pecados en la cruz. Él te ama y quiere que le pida que entre a tu vida hoy. Usted lo ha intentado todo, ¿por qué no trata con Jesús también? Todo lo que tienes que hacer es pedirle a Jesús que sea tu Salvador personal. ¿Por qué no haces esta oración detrás de mí...?”

Este “mensaje contemporáneo” se ha alejado del patrón del Nuevo Testamento centrado en Dios, y se ha adaptado para apelar a una generación egocéntrica de relativistas seculares que es la que predomina en la sociedad occidental de este siglo XXI. Por el contrario, el evangelio bíblico comenzaba y terminaba con Dios. Cuando Pablo les predicó a los gentiles en Listra, él comenzó diciéndoles: “Os anunciamos que de estas vanidades os convertiréis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay” (Hch 14:15). Él comenzó echando el fundamento de un Dios creador quien es soberano, bueno y paciente. Otra vez, cuando les predicaba a los filósofos en Atenas, afirmó: “...El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay...siendo Señor del cielo y de la tierra...ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó... (Hch 17:22-31). Esta era el abordaje que Pablo usaba cuando les predicaba a los paganos. Su mensaje a Félix fue el mismo. Le habló acerca de la justicia de Dios, su propia falta de autocontrol y el juicio por venir (Hch. 24:25).

Ya que el arrepentimiento es un cambio de mente hacia Dios, ¿cómo puede un pecador arrepentirse sino tiene un verdadero concepto de Dios? Muchos occidentales del siglo XXI se imaginan que hay dos Dios; el Dios del Antiguo Testamento –tosco e inmisericorde- y el Dios del Nuevo Testamento –amante y perdonador-. Tal es su error fatal. También el promedio de los occidentales piensan que Dios -si es que existe-, es el Dios más injusto. Ellos argumentan: “Si hay un Dios, ¿por qué existen todos estos sufrimientos en el mundo?” Cuán simples son sus pensamientos. Hasta que no entiendan realmente la naturaleza buena y santa de el Dios en contra de quien se han rebelado gravemente, nunca serán salvos. Así, a menos que el “Dios verdadero” sea predicado con claridad, todo lo que se producirá será una multitud de falsos convertidos, quienes nunca han percibido un destello de la santidad, de la bondad y la soberanía de su Todopoderoso creador, “porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:36).

Segundo, el evangelio bíblico usa de manera apropiada la ley de Dios. Un pecador debe entender el evangelio para ser salvo. Pero antes que el pecador pueda entender la

misericordia de un Dios de amor, debe entender los requerimientos justos de un Dios justo. Es cierto que la ley no es el evangelio y que el evangelio no es la ley; pero el evangelio establece la ley. Aunque la ley escrita fue dada solamente para Israel, los gentiles han tenido siempre “la obra de la ley” en sus corazones (Ro. 2:15). El propósito de esta ley es afirmado claramente por el apóstol Pablo: **“Porque por la ley es el conocimiento del pecado”**. Ya que nadie puede ser salvo sin arrepentimiento y nadie puede arrepentirse a menos que entienda que es culpable, el verdadero evangelio bíblico debe hacer un uso apropiado de la ley, cuya finalidad principal es convencer a todo el mundo de su culpa.

El libro de Romanos contiene la única exposición sistemática del evangelio en toda la Biblia. Pablo usa la palabra “ley” 38 veces antes de mencionar la palabra “amor”. Desde Romanos 1:17 al 3:19, Pablo expone la causa en contra del pecador. Es un lamentable relato de condenación, ira y culpa. Finalmente, en el capítulo 5:8, Pablo afirma que Dios muestra su amor hacia los pecadores. ¿Por qué Pablo presenta el evangelio en este orden? Debido a que el evangelio no tendrá ningún sentido real para el pecador hasta que no se dé cuenta de que es culpable de rebelión en contra de la ley de un Dios santo. Dile al occidental promedio: “Dios te ama”, y él te responderá: “¿Por qué no habría de hacerlo? Yo soy una buena persona”. Eso es echarles las perlas a los cerdos.

Sabiendo que un hombre no agarraría el cinturón de salvavidas espiritual hasta que sea convencido de que se está ahogando, ni se someterá a un tratamiento médico hasta que esté seguro de que tiene una enfermedad, los predicadores de la vieja escuela nunca colocaban el remedio del evangelio antes que la mente del pecador estuviese completamente convencida de su pecado. Pero el evangelio contemporáneo conoce mejor. Él usa la zanahoria de “los beneficios” en vez de la vara de la ley. Él dice: “Si tú vienes a Jesús serás feliz, te sentirás realizado, serás parte de una familia amorosa y estarás por toda la eternidad en una mansión de oro. Si quisieras tener todo esto, dile a tus pecados lo siento y pídele a Jesús que entre a tu corazón y sea tu Salvador”. Como si sólo se tratara de una caricatura injusta o de un hombre de paja; pero no lo es. Este es exactamente cómo el evangelio es presentado de manera universal hoy día tanto en impresos como desde el púlpito. El resultado neto es que los pecadores “vienen a Cristo” con un motivo falso. Entonces cuando viene la persecución y la presión sale a su paso, ellos descubren que no se le había dicho toda la historia. Ellos se ofenden y rápidamente se desilusionan. Pero, ahora ellos han sido vacunados en contra de la verdadera salvación. Después de todo, ellos trataron a Jesús y Él les falló.

Al tratar de restaurar el verdadero evangelio bíblico debemos recordar que la cuestión es la justicia no la felicidad. La verdadera paz y el gozo son los frutos de la salvación, pero ellos nunca son presentados en los sermones bíblicos como una tarjeta de atracción, para incitar a los pecadores a “hacer su decisión por Cristo”. Debemos entender que simplemente citando que “todos han pecado” seguido de un breve “pero la buena nueva es...” nunca va a despertar a nadie. Los pecadores deben ser enfrentado con el hecho de que la codicia (el amor a las cosas) es idolatría, el odio es homicidio y la lujuria es adulterio (Col. 3:5, 1 Jn 3:15, Mt. 5:28).

Conduciendo por la autopista, hay numerosas excusas que uno tendría en mente para justificar ir a 85 mph... hasta que la ley entra. Cuando un carro de policía se avista, los conductores pisan los frenos. Por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Esto es lo que

hará que un hombre, que marcha precipitado por la autopista de la vida hacia el infierno, se siente y medite. Él sencillamente debe ver su precaria posición o nunca se arrepentirá de veras. Si se le presenta elegir entre un diamante o un vaso de agua, ¿quién no escogería el diamante? Pero tomemos a un hombre que ha estado perdido durante cuatro días en el desierto del Sahara sin nada de beber y presentémosle la misma opción. Él tomará el agua. ¿Qué ha cambiado? ¿El valor inherente de los productos que se ofrecen? No. La percepción de su necesidad. De tal manera, permitámosle al hombre ser completamente convencido por la Escritura, por el Espíritu Santo, de que él está perdido, es culpable y desvalido y exclamará: “¿Qué debo de hacer para ser salvo?”

La adecuada reacción inicial al evangelio por parte del pecador es la convicción de pecado (Jn 16:8; Hch 2:37). ¿Pero qué es la convicción de pecado? Es más que sólo el ordinario golpe de la conciencia (Ro. 2:15). Es más que un mero temor al infierno. Simplemente tener miedo a las consecuencias del pecado no es la verdadera convicción del Espíritu Santo. No es convicción “admitir que eres un pecador”. Balaán, Faraón, Judas y muchos otros admitieron que habían pecado, pero sin embargo se fueron al infierno. No es convicción de pecado un mero conocimiento intelectual de la doctrina de la caída de Adán. La convicción es el sentido apropiado de lo terrible de mi pecado en contra de Dios. ¿Ha experimentado alguna vez usted esto? En todo pecador debe resonar la voz de David cuando dijo: “Contra ti, contra ti solo, he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos” (Sal 51:4). La convicción de pecado es vertical, no horizontal.

Debemos retornar al verdadero evangelio bíblico y predicar que los hombres son pecadores por naturaleza y práctica; que sus mejores esfuerzos son como trapo de inmundicia y que son completamente incapaces de salvarse por sí mismos (Ef. 2:1,2; Isaías 64:6; Ef. 2:8). Como un pecador que sabe que está condenado, que está sucio y que es culpable, se acercará a la salvación, ya que “el Señor está cerca de aquellos quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu” (Sal. 34:18).

En tercer lugar, el evangelio bíblico resuena con una clara nota de arrepentimiento. Resumiendo sus tres años de ministerio en Éfeso, Pablo afirmó que él había predicado “arrepentimiento hacia Dios y fe en el Señor Jesucristo” (Hch. 20:21). Resumiendo su vida entera, afirmó que había predicado que los hombres debían “arrepentirse y volverse a Dios y hacer obras” como respuesta a ese arrepentimiento (Hch. 26:20). En ninguna parte de la Biblia, ningún apóstol o evangelista predicó que “todo lo que tú tienes que hacer es aceptar que Jesús murió y resucitó, pídele a Él que sea tu Salvador y tú irás al cielo”. ¿Por qué? **Debido a que el Señor Jesús les comisionó a que predicasen tres cosas: primeramente, que Cristo murió; segundo, que resucitó y tercero, arrepentimiento para la remisión de los pecados (Lc. 24:45).** ¿Estaríamos alegres con un evangelio sin cruz o un evangelio sin resurrección? Entonces, ¿cómo podemos estar contentos con predicar un evangelio sin arrepentimiento?

Contrario al pensamiento contemporáneo, la salvación no es dar una “aceptación mental” ni un mero “asentimiento con la cabeza” a la muerte y resurrección de Cristo. No hay fe salvadora sin arrepentimiento. Ser ajenos a la convicción es ser ajenos al arrepentimiento y por lo tanto ajenos a la salvación, porque nadie nunca realmente creyó sin arrepentirse y viceversa. Las primeras palabras que el Señor Jesús pronunció en Su ministerio público fueron:

“Arrepentíos y creed el evangelio” y continuó repetidamente advirtiendo que a menos que los pecadores no se arrepientan perecerán (Mc. 1:15). Jesús dijo: “Creed o pereceréis” y “arrepentíos o pereceréis” (Jn 3:16, Lc 13:3. Ver 2 P. 3:9). **Todo lo que realmente importa de ahora a un millón de años, es si uno se arrepintió y creyó al evangelio.**

Sólo una oración en la Biblia afirma que Dios ama al mundo. Un ramillete de otros versos hablan del amor de Dios para pecadores que no lo merecen. Sin embargo, esta verdad sublime y preciosa se abarata hoy por su énfasis excesivo a expensas del arrepentimiento, un asunto que se menciona 58 veces sólo en el Nuevo Testamento. Esa es la razón de por qué hay poco o ningún poder de verdadera convicción y bendición en la predicación del evangelio hoy. **Un evangelio sin una nota clara de arrepentimiento, es otro (falso) evangelio que atrae la maldición de Dios para aquellos que lo predicán (Gál. 1:6-10).** ¿Por qué Dios maldeciría a un “predicador del evangelio” (uno que añade o quita de la esencia del verdadero mensaje)? Debido a que su mensaje sin arrepentimiento condena las almas, corrompe las iglesias locales y obstaculiza el avivamiento.

Pero, ¿qué es arrepentimiento? No es penitencia o restitución (Judas devolvió el dinero. Él se lamentó, pero nunca se arrepintió (Mt. 27:3). No es simplemente lágrimas, miedo al juicio (Félix tembló) o pena por el pecado (la tristeza que es según Dios puede llevar al arrepentimiento, pero no es lo mismo que arrepentimiento (2 Cor. 7:10). **Éste es meta (después) y nous (mente). Significa un completo cambio de mente, que implica volverse del pecado hacia Dios, resultando en un cambio de vida.** Éste es ilustrado por el repudio del corazón de David al pecado en el Salmo 51 y el completo cambio del hijo pródigo en Lucas 15. Es definido en el siguiente texto: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia” (Isaías 55:7). Los predicadores deben de estar seguros de hacer sonar una nota clara de arrepentimiento cada vez que prediquen el evangelio.

En cuarto lugar, y finalmente, el evangelio bíblico presenta al Señor Jesucristo como el objeto de la fe, no simplemente la “obra de la expiación”. Pablo no le dijo al carcelero de Filipo que sólo creyera los “hechos acerca del Calvario”, sino que “creyera en el Señor Jesucristo”, el Maestro, el Salvador y el Mesías prometido (Hch 16:31). Pero creer no es simplemente un asentimiento intelectual. Es confianza, dependencia y compromiso con Cristo como Señor y Salvador. Este no es el “compañero indiferente Salvador Jesús” del evangelio contemporáneo, quien dice: “Ven tal como estás y quédate como estás”. Cuán solemne será ver una gran multitud quienes llaman a Jesús Señor, excluidos del reino, a pesar de sus muchas obras religiosas (Mt. 7:21). En la palabras de A. W. Pink: “Multitudes desean ser salvadas del infierno (es el instinto natural de preservación) pero son lo bastantes reacias a ser salvadas del pecado. Sí, hay decenas de miles quienes han sido engañados con el pensamiento de que han “aceptado a Cristo como su Salvador” cuyas vidas claramente muestran que ellos le han rechazado a Él como su Señor”.

Las iglesias evangélicas están llenas de personas que no muestran los frutos de la salvación, pero que no se avergüenzan de decir que son cristianos. Pero si un hombre dice que tiene fe y no tiene obras, ¿puede esa fe salvarle? (Santiago 2:15) Dios salva personas para que puedan hacer buenas obras y vivan como Sus siervos (Hch 26:20; I Tes. 1:9). Por lo tanto, cualquier

experiencia de salvación que no cambie a un pecador rebelde en un siervo fundamentalmente obediente, es espuria. “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento... Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.” (Mt. 3:8, 10).

Después de toda una vida predicando y escribiendo, el puritano John Owen afirmó lo que sintió eran los dos errores más frecuentes cometidos con respecto a la salvación. El primero, dijo, es pensar que uno va al cielo sin nacer de nuevo. El segundo es pensar que uno es nacido de nuevo sin una vida santa que lo pruebe. Sobre esto la Escritura está de acuerdo: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado (1 Jn 3:9).

En una era cuando es fácil confesar a Cristo, pero difícil vivir para Cristo, los teólogos liberales han llenados los bancos de las iglesias predicando un evangelio sin sangre y un Cristo sin deidad. Ahora los evangélicos han llenados las iglesias con un evangelio que carece de un llamado al arrepentimiento. Pero lo que es peor, ¿cuándo el resultado final es el mismo? Para evitar perpetuar esta tragedia, tengamos cuidado de asegurarnos que los sermones, los tratados evangelísticos y los esfuerzos misioneros que estamos apoyando presenten cada aspecto del verdadero evangelio bíblico.